

Ricardo del Arco Garay

(Granada, 1888-Huesca, 1955) fue un hombre de vasta cultura, divulgador de grandes cuestiones históricas, investigador, conferenciante, escritor de documentadas monografías acerca del arte, el patrimonio y el pasado guardado en legajos y polvorientos archivos, y por todo ello el Ayuntamiento, bajo la presidencia de Vicente Campo Palacio en sesión de 21 de octubre de 1947 acordó nombrarlo Hijo adoptivo y predilecto y dedicarle una calle. Y también, porque **Ricardo del Arco** fue un ideólogo del régimen, un propagandista de Franco que puso su pluma al servicio de la causa nacional, cayendo al tiempo en excesos periodísticos y literarios de imposible justificación en un pretendido intelectual de talla.

El 18 de julio de 1936 **Ricardo del Arco** impartía un curso en la Universidad de Verano de Jaca, y allí asistió íntimamente complacido al golpe de Estado militar que provocaría una guerra atroz y una posguerra no menos cruenta. Jaca quedó en manos de los militares rebeldes, mientras la situación de Huesca no ofrecía tantas garantías y tranquilidad dada la inmediatez del frente. El hecho del cerco que avizoraba la ciudad disipó las mínimas dudas que albergara **del Arco**: no retornó a su despacho hasta ver despejado el horizonte justo dos años más tarde.

Pero en Jaca no permaneció de brazos cruzados, aprestándose a colaborar con los sublevados y junto con un grupo de reconocidos falangistas ilustrados como Juan Lacasa, Francisco Dumas Laclaustra conocido como «Asaúra» o Luis Armand entre otros, y curas, frailes, los militares Rogelio Gorgojo y Dionisio Pareja, así como su propio cuñado Luis Mur Ventura, fundaron un periódico ultranacionalista cuya cabecera no podía ser más expresiva: *Jaca Española*. El 27 de julio de 1936 vio la luz esta publicación que no dejaría de comparecer hasta el 31 de julio de 1938, editando un total de 632 números que constituyen otros tantos manifiestos de rendida admiración a un régimen naciente basado en el terror y la represión.

La retórica facciosa, el campanudo lenguaje imperial, los tópicos de proyección más abyecta, la plúmbea prosa fascista fluían por las columnas de un **Ricardo del Arco** cada día más crecido y convencido de la necesidad del aniquilamiento y la depuración de los elementos leales a la República que, en sus artículos, no pasaban de la categoría de purriela indeseable. *Jaca Española* se subtituló sucesivamente, «Noticiero Oficial», «Diario Patriótico», «Órgano de la Oficina de Prensa y Propaganda» o utilizó varios de estos marchamos a un tiempo. Vocación inequívoca y lealtad a machamartillo.

Un sucinto recorrido por algunos de los más intensos trabajos del editor y articulista **del Arco** permitirán constatar que *Jaca Española* fue libelo y panfleto retórico y enardecido por consignas y prosa de cuartel.

Dios –el padre– y España –la madre–; religión y patria; fe y Franco, constituyen algunas de las dualidades, de las identificaciones a las que con más frecuencia se acoge **del Arco** para contraponer la maldad objetiva del bolchevismo separatista, la iniquidad de los malos españoles, el judaísmo marxista y la masonería en la que comulgaba el recalcitrante «rojo». Xenófobo, antisemita, imperialista y mendaz, así es el ideario del intelectual visto a la luz de sus escritos en este periódico. «Han venido a guerrear mercenarios extranjeros, hampa internacional al servicio de los comunistas», escribe el último día del año 1936, «hombres aviesos de otras tierras llamados por infames parricidas», y prosigue: «Ahora, se ventila el predominio de la civilización, representada por el Ejército de Franco, sobre la barbarie, personificada en las hordas rojas a las que anima solamente el instinto bestial y destructor».

La simbiosis entre Franco y Dios es constante en boca de quien fuera director de la Biblioteca Pública y del Museo Provincial en Huesca. Con motivo del aniversario del Decreto de Unificación de Falange Española Tradicionalista y las Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista, glosa **del Arco** el hecho y su liturgia el 19 de abril de 1938: «El vino nuevo nacional-sindicalista de José Antonio y Onésimo Redondo en las odres viejas del Tradicionalismo vernáculo, imperial y magnífico, nervio de la Raza. (...)

Todos en la Falange, cuadrados y brazo en alto, saludando al enviado de Dios para salvar la Patria».

No otra cosa era el caudillo, sino el brazo enhiesto del Altísimo en la tierra española. «Vos, generalísimo Franco –30 de diciembre de 1936–, sois hombre parco en palabras, pero largo en acciones. De la estirpe de aquel Partido Aragonés de los tiempos de Carlos III –precisamente el ‘aragonesismo’ a que se adscribía también el alcalde Vicente Campo Palacio–. Por eso, vuestras frases son sentencias (...). Ellos tienen el oro, pero nosotros tenemos el espíritu. Vos, general, significáis el orden, un ‘Cosmos’ español (...). Nosotros vamos tras vos de buen grado, con júbilo y confianza. El enemigo pelea para su boca, pero vos hartáis el alma de España. (...) Con la Cruz y con el ardor del espíritu inmortal de España, venceréis de la terrible asechanza. Dios lo quiere».

El pueblo elegido, la España cristiana, debe realizar la misión suprema salvadora, la redención que venga a limpiar de renuentes la faz de la tierra: España como faro iluminador de naciones y hombres. El primer balance «triumfal», asegura **Ricardo del Arco** desde el púlpito jaqués conmemorando el 18 de julio de 1937, es como una piedra miliaria «en el itinerario para librar a España de los tentáculos del espíritu maligno que quiso sorber su sangre y dejarla inerte, a merced de los vendavales bolcheviques. Es el haber de los soldados de España, hijos de la Raza Imperial, la que descubrió continentes, conquistó territorios y civilizó y evangelizó pueblos. Doce meses de lucha cruenta, terrible y despiadada por parte del enemigo. ¡Cuántos dolores, pero cuántas llamaradas de gloria! Como Jesús camino del Calvario, España repite hoy a las madres: No lloréis por mí; llorad por vosotras y por vuestros hijos. Porque el Calvario es el preludio solemne de la Resurrección. Y España está resucitando a la voz de Franco, entre aleluyas de sus generales y soldados».

Así las cosas, la teología patriótica no quedaría completa sin una buena nómina de santos, mártires y advocaciones diversas. Los protomártires no son otros que «los camisas azules», que hubieron de ocultarse «como los cristianos en las catacumbas de Roma» en los aciagos días de 1933, cuando nacía la Falange gracias a «dos corazones inflamados en ardores del más santo patriotismo, los de José Antonio y Onésimo Redondo». Las víctimas de la iniquidad: Pradera, Beunza, Ruiz de Alda, Honorio

Maura y Ramiro de Maeztu, nombres que comparecen en el particular martirologio de **Ricardo del Arco**, en el que tampoco olvida la «casta de mártires» que en Huesca padece el criminal asedio republicano. «El máximo martirio –escribe enaltecido el 7 de septiembre de 1937– y la más dilatada resistencia han sido reservados para Huesca». Y refiere cómo ningún muchacho de quince años ha quedado sin prestar servicio de armas en la ciudad, «en la Milicia de Voluntarios de Santiago hay muchos alumnos del Instituto y de la Escuela Normal de Maestros», sus propios alumnos, con toda seguridad, y los de su amigo Ramón Acín, por el que no se conmovieron un ápice ni él ni su compañero en la Escuela Normal Vicente Campo, cuando el 6 de agosto enfrentó los fusiles de «falangistas valientes a toda prueba, que del amor a la Patria inmortal hacían un culto».

La reiteración, la deificación, el abundamiento hasta el hartazgo en la idea del «movimiento salvador» –a menudo la Basílica del Pilar aparece señalada como ‘santuario de la fe española’– redundan en lo que **Ricardo del Arco** denomina el «pensamiento directriz de la Cruzada», esto es, «la restauración de la España Católica, de la España en Cristo y por Cristo, imperio de la equidad y grandeza y bienestar de la Patria». Patria, desde luego, liberada del bolchevismo ruso y los chacales del Frente Popular, la anti-España enfrentada al «simpático ideal imperialista, a la España nueva depurada en el crisol viejo y prestigiado de la tradición incommovible». Los lugares comunes todos, hacinados a doble columna y en portada, juegos antitéticos de cartón piedra y recursos de artificio puestos al servicio del prestigio intelectual del ideólogo fascista, que por tal lo tenía la jefatura del mando en Jaca, aparecen día sí y día también bajo la flamígera cabecera de *Jaca Española*.

El ejercicio de desprecio por cuanto tenga algún aroma de la época republicana, tan efímera como fructífera en tantos ámbitos, especialmente en el cultural, es uno de los platos preferidos en la a menudo barroquizante prosa con que guisa sus artículos **Don Ricardo**. El 16 de junio de 1937 con el título «El número no importa», se emplea a fondo contra las urnas, los plebiscitos y las consultas populares, cargando tintas contra cualquier sistema que tenga en estima la opinión popular.

Abomina **Ricardo del Arco** del «valor de la multitud» y subraya que lo sustantivo de las opiniones se ha de considerar «por el peso, no por el número de las almas», y en este ambiente, inequívocamente, sabemos quién llevaba el peso y la voz cantante, «el Caudillo y su glorioso Ejército, los arquitectos de la nueva España». Franco, llega a clamar en otra pieza literaria sin parangón el cada vez más apasionado libelista, «es el primer estratega del mundo».

«La reacción contra la farsa democrática ha llegado con las nuevas concepciones políticas de régimen totalitario, antiparlamentario y antisufragista (...), ‘un hombre un voto’, vociferaban engolados los liberaloides sagastinos y canovistas». En el nacional-socialismo, «régimen eficaz» donde los haya, «los jefes tienen confianza en la masa y ésta en ellos». «Los primeros forman un cenáculo con una ‘base mental’ común y atribuciones específicas de cada uno. La masa goza con su sumisión fructuosa y la considera una virtud histórica y racial». Salazar, en Portugal y Falange en España, son los más preclaros valedores de estos postulados políticos que tanto bien hicieron a la España redimida: «El pueblo ansía estar bien conducido y tiene hambre y sed de justicia, de autoridad y de orden». «Franco sabe que el pueblo –todo el pueblo–», matiza el 21 de abril de 1938, «le adora y ve en él al salvador de España». Apenas es necesario insistir: «No creemos en el régimen democrático liberal, porque es un escarnio a la libertad y lo más opuesto a la tradición española».

La vulgaridad argumental, a lo que se ve, sólo es comparable a la carencia misma de relieve estético del discurso. El intelectual, cada vez más empobrecido, cede terreno al disciplinado y romo soldado.

Y en la extensa lista de reproches, faltas, delitos y pecados nefandos en que se regodeaba la anarquía roja, no podía faltar el nacionalismo disgregador. En efecto, el 21 de enero de 1937 bajo el sugerente título «Las bestias separatistas», **Ricardo del Arco** ofrece su dolorida mirada ante la actuación de los «energúmenos separatistas de la republiquita comunista de Euzkadi (sic)», para más inri, independentistas «que se titulan católicos». «El tipo separatista vasco es montaraz, hísido; parece cazado a lazo en los

riscos de aquella tierra», señala afilando sus dotes de antropólogo avezado. Sabido es, con todo, que ya el propio Sabino Arana, fundador del «bizcarrismo» había postulado en sus prédicas: «Se es vasco antes que católico. Para conseguir la independencia de Euzkadi, si es preciso, se lucha hasta contra Dios...». Blasfemia, anatema, clama crispado **don Ricardo**: «Raza de víboras, sepulcros blanqueados. ¡Cuánta depuración habrá de realizar la nueva España!».

La iniquidad de la «fiera» vascongada llega al paroxismo cuando los comunistas y bandidos vascos, incendian y destruyen poblaciones como Irún, Eibar, Durango, Guernica o Rigoitia. «La verdad comprobada –13 de mayo de 1937– es que la ciudad de Guernica fue incendiada por los separatistas vascos al tiempo de huir».

El inmenso caudal de vistosas iniciativas que ofrece **Ricardo del Arco** para la construcción de la España en paz, incluye la cauterización a sangre y fuego de la herida abierta por el hecho mismo de la existencia de la República. Tres artículos abundarán en ello: «Depuración de la retaguardia» (8 de mayo de 1937), «No los queremos» (27 de noviembre de 1937) y «Hágase tabla rasa» (27 de febrero de 1938). Cualquiera de estas piezas periodísticas constituye un canon de impiedad y retorcimiento mental más digno de un orate avieso que del estudioso bonachón y gordezuelo que aparenta en las fotografías. Los títulos, por demás, despejan cualquier duda.

«Terminada la guerra», afirma en el primero de los escritos a que nos referimos, «quedará una depuración por hacer: la del enemigo más o menos embozado en la retaguardia». No hay tregua con el vencido, ni paz, ni piedad, ni perdón sino persecución y castigo, humillación más allá de su memoria para con los «acomodaticios, hipócritas, sórdidos, chirriones, bellacos, fantasmones, codiciosos que de la guerra han hecho granjería...». «Ya ha comenzado [la depuración], mas el sosiego de la paz habrá de hacerla doblemente severa y minuciosa para que no retoñe la cizaña que ha esquilado por más de un lustro el territorio nacional». ¿Qué castigo propugna **Ricardo del Arco**? La violencia. «A todos estos habrá que retirarlos a zurriagazos a un rincón, sometidos a estrecha vigilancia, hasta que se convenzan de que la tan manoseada ciudadanía es decencia, abnegación y amor... En fin, hasta que se conviertan. (...) Es muy grande el mal que España se está sacudiendo de encima para que el remedio sea chico». En efecto, los juicios sumarísimos y los pelotones de fusilamiento para quienes

no tuvieron la oportunidad de exiliarse, vinieron a sancionar la exigencia del escritor. Palo y tentetieso, cristianísima e inapelable penitencia redentora.

Pero no han de parar aquí las cosas con «la hez de la nefasta política del lustro republicano» y cita a Portela, Maura y Sánchez Román como paradigma de politicastros a los que se debiera despojar de su condición de españoles: «esos políticos son delincuentes de la peor ralea, disfrazados con traje de personas honradas, porque atentaron contra la Patria; y además recalcitrantes incorregibles y por eso merecedores de ejemplar castigo, el más leve el ostracismo, borrando su nombre de la lista de los españoles». Y por si no quedara meridianamente claro el odio cerval a los dirigentes republicanos, amplía el espectro a «Azaña y sus planetas, satélites y cometas de rabo rojo y largo»; para esta turba, dice, no vale el ostracismo, la deportación perpetua y reclama algo «más eficaz», como «borrar sus nombres de los Registros civiles», esto es, la aniquilación, la eliminación definitiva, ni más ni menos que aquello que pronta y gustosamente materializaron los ejércitos de Franco, «preclaro varón que todo lo merece».

Ricardo del Arco regresó a Huesca a finales de julio de 1938, una vez concluido el servicio periodístico a la sublevación triunfante y retomó sus erudiciones y estudios en un ambiente de consideración social e intelectual que lo alzó a lo más granado del Parnaso local. Su biografía y el crédito que sus contemporáneos le otorgaron nunca hubo de resentirse, antes al contrario, por sus demasías verbales y el estilo fascista de un discurso que era su credo de vencedor, y a la postre, una pobre aportación a la historia reciente.

Nunca faltó el profesor **del Arco** en las fiestas y celebraciones patrióticas de carácter militar o religioso, así lo recoge la prensa local y regional reiteradamente. Su prestigio, oratoria y el elocuente aprecio de los estamentos fundamentales del régimen hacían de su presencia una suerte de legitimación ideológica y validación de la política franquista.

Ricardo del Arco falleció víctima de accidente, atropellado por un camión conducido por militares en la puerta de las dependencias de Hacienda el 7 de julio de 1955.